

Las tareas del espíritu en jornadas en campaña

Mayra Beatriz Martínez

Unir los conceptos de “espiritualidad” y “religiosidad” en Martí tiende a ser controversial y confuso, a pesar de que destacados estudiosos como Fina García Marruz, Cintio Vitier, Reinerio Arce y Rafael Cepeda, por mencionar solo algunos autores de importancia, coloquen al Maestro mayormente en línea con el cristianismo. Ello contrastaría inevitablemente con el conocido anti dogmatismo martiano, que se expresaría en una buena cantidad de textos a lo largo de toda su vida, entre los cuales sobresalen aquellos donde asume una mirada crítica al evaluar a la iglesia católica, pero también en los que arremete contra la rigidez de las prácticas masónicas –contra el secretismo, concretamente– a pesar de que, como se sabe, pertenecía a esa institución fraternal.

La espiritualidad martiana –la cual, explícitamente, lo inclina a proponer lo que algunos autores han considerado un nuevo tipo de religión– ha de entenderse, más bien, desde el punto de vista sociológico, es decir, en lo relativo a su actividad dentro del grupo humano; como fe, pero no abstracta y personal, sino en tanto sentimiento de entrega a un ideal que, efectivamente, se erige como sagrado: la justicia para todos los hombres durante la propia vida, no postergable para un momento ulterior y de carácter sobrehumano.¹ Martí propone una cosmovisión ética, una concepción moral del mundo renovada, a concretarse en realización social. Su “nueva religión” habría de representar, entonces, una expresión *cuasi* metafórica: supone la devoción por la consecución del bien colectivo. Los pilares en que se asienta la espiritualidad apreciable en sus textos y que practicó en la vida, son los mismos que se convierten en herramientas para su labor emancipadora, para su proyecto liberador: el ejercicio de las virtudes útiles.

¹ De mucho interés resulta la forma en que Arce, uno de los defensores de la filiación cristiana de Martí, enfoca su espiritualidad como parte de una especie de “cristianismo comunitario comprometido en la lucha por la paz y la justicia”. Considera que “[...] lo que da unidad a lo religioso, lo ético y la práctica política y social es su doctrina del amor que, al mismo tiempo, constituye una de las piedras angulares de religiosidad y se constituye en la norma para medir éticamente toda acción política y social” (Reinerio Arce: *Religión: Poesía del mundo venidero*, Ediciones CLAI, La Habana, 1996, p. 136).

De ahí que, aunque Martí se auto identifique en muchos de sus textos con los estereotipos del Jesús que divulga al pueblo su evangelio o del Crucificado –martirizado hasta la muerte por su fe–, representativos de valores y normas de comportamiento que, por otra parte, prescribe en los *deberes ser* que propone para hombres y mujeres nuestroamericanos, habríamos de entender que su empatía se dirigía al Jesús revolucionario –no al Dios encarnado en la tierra–; al héroe de Nazaret que debió representar en su existencia histórica y que conoció a partir de los relatos bíblicos. La idea del ejercicio virtuoso y el holocausto útil, central para Martí, respondería al cumplimiento de un empeño que solo resultaría trascendente en la medida en que se articulara a las expectativas sociales, al real bien de todos. En tal sentido, ese Cristo-Dios al que aludiera en cuaderno de apuntes fechado entre 1886 y 1887 muy significativamente como “el *hombre* de mayor idealidad del Universo”² se toca, en su vocación de servicio con otro de los paradigmas que ha sido identificado, subsumido en sus textos: el del Quijote, cuyas acciones caballerescas, aunque puedan resultar alucinadas, también se encaminan a deshacer entuertos y, en consecuencia, al logro del bien para los demás.

Las apropiaciones de esos modelos, voluntaria o inconsciente, sabemos que no son exclusivas, sino herencia de una larga tradición en las letras. Han existido exhaustivos y reveladores estudios de la notable marca bíblica a lo largo de la obra martiana, en forma y espíritu,³ a lo que habría de sumarse la presencia de la retórica masónica y de alegorías afines.

Su afinamiento en este repertorio tropológico, sería muy evidente en el acento profético de su oratoria, y en el más íntimo de su poesía. Si en *Versos sencillos* de 1891, define específicamente el sentido que atribuye a la vida humana y, dentro de ella, al sacrificio como redención mayor –recordemos: “Cuando al peso de la cruz/ el hombre

² JM: “Cuadernos de apuntes”, no. 14, en *Obras completas*, t. 21, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 344-345. [En lo adelante, JM por “José Martí” y OC por “*Obras completas*”.]

³ V., en especial, Rafael Cepeda: *Lo ético cristiano en la obra de José Martí*, Centro de Información “Augusto Cotto”, Matanzas, s/f.

morir resuelve,/ sale a hacer bien, lo hace y vuelve,/ como de un baño de luz” –⁴, lo ratificaría con insistencia en textos de los últimos meses de vida. Lo expresa a Gonzalo de Quesada, destacándolo como empresa humana cotidiana, en misiva fechada 1^{ro} abril de 1895 –su testamento literario–, que fuera enviada mientras estaba todavía en Dominicana: “En la cruz murió el hombre un día, pero se ha de aprender a morir todos los días”⁵ –observemos como insiste en el apelativo “hombre” para Jesús. Desde territorio baracoeso, el 15 de abril, en carta dirigida, entonces de conjunto, a Gonzalo y a Benjamín Guerra, describe el gozo que experimenta al sumarse a la guerra, tras haber cargado como cruz el pecado de no haber participado en las campañas anteriores, al tiempo que se identificaba implícitamente, una vez más, con la imagen de Cristo-héroe, entrañable con sus prójimos. Asimismo, volvía a mencionar la iluminación, con lo que superponía connotaciones masónicas –la luz como triunfo que se alcanza tras difícil ascenso; la luz que el hombre debe atraer hacia sí para, a su vez, iluminar con ella–: “Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado, y arrastrando la cadena de mi patria, toda mi vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo”.⁶

Escribe ese propio día a Tomás Estrada Palma –hermano masón, como lo fueran Benjamín y Gonzalo–, y en su misiva se percibe con mayor fuerza esa huella: “[...] al fin me he sentido entero y feliz [...] Ya entró en mí la luz, Estrada, y la salud que fuera de este honor buscaba en vano. El honor es la dicha y la fuerza”.⁷ Ha dejado atrás las pasiones, se abre a la percepción de la luz interior: vence lo espiritual sobre lo material, lo eterno sobre lo perecedero.

Respecto al sustrato cristiano inmanente en el pensamiento martiano, hemos de considerar lo que con acierto Rafael Cepeda ha señalado respecto al uso martiano del concepto “alma”, que encierra “connotaciones bíblicas y teológicas”.⁸ Según Cepeda, “Martí identifica *alma* y *espíritu*”.⁹ Habría que tener en cuenta que para los masones existe un distingo: ambas están entre los cinco elementos naturales propios de los seres

⁴ JM: “XXVI”, “Versos sencillos”, en *Obras completas. Edición crítica*, t. 14, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2007, p. 331. [En lo adelante OCEC por “*Obras completas. Edición crítica*”.]

⁵ JM: “A Gonzalo de Quesada”, *OC*, t. 1, ed. cit., p. 28.

⁶ JM: “A Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra”, *OC*, t. 4, ed. cit., pp. 124-125.

⁷ JM: “A Tomás Estrada”, *OC*, t. 4, ed. cit., p. 130.

⁸ V. Rafael Cepeda, ob. cit., p. 74.

⁹ *Ibidem*, p. 77.

animados, junto a la materia, la fuerza y la vida. La realidad es que son términos frecuentes en su obra y muy en especial, en sus últimos textos. Sin embargo, llegaría cada vez más a resultar evidente que su uso concommitaba en especial con lo político.

La connotación sociológica de la espiritualidad martiana –como forma de sentir y practicar su sistema de creencias– se expresó en documentos de muy diversa índole, para nada ligados estrictamente a la religiosidad o a la masonería. Se percibe en documentos íntimos y en los dados a la publicación; en prosa y verso; en textos de los más diversos géneros... pero, muy en especial, como adelantábamos, en aquellos dedicados a su labor de propaganda revolucionaria y preparación de su “guerra necesaria” –tal como aludió en múltiples ocasiones la contienda bélica que juzgaba indispensable para el logro de la independencia patria.

Avanzar en el rastreo de tales huellas entre las ideas que manifiesta en sus últimos meses de vida, y que no son otra cosa que continuidad de inquietudes y criterios que había enriquecido y perfilado a lo largo de su existencia, no es difícil, a pesar de que se trate de escritos tan disímiles como sus *Diarios de campaña* finales, otros que les fueron contemporáneos –cartas a amigos, familiares y colaboradores e, incluso, documentos directamente relacionados con la planificación y la política de la contienda bélica– y, haciendo un poco de retrospectiva, algunos que representaran antecedentes de interés.

En todos, aparecen expresadas semejantes virtudes ligadas al crecimiento espiritual. Sería explícito al respecto en carta a Maceo de 1894: “Yo no mudo de alma, sino que la voy enriqueciendo con cuanto veo de grande y hermoso”.¹⁰

En torno al tema, diría a Gonzalo y a Benjamín, ya desde la manigua, refiriéndose al afianzamiento de ese proceso en circunstancias de guerra, donde confirmaba que la fraternidad resultaba indispensable y su tarea, afianzarla: “El *alma* crece y se suaviza en el desinterés y el peligro”.¹¹ Y a Carmen Mantilla: “Voy regando *almas* buenas, y noto cómo crece a veces el alma a los que me oyen. Es que sufrían de desamor, y oyéndome,

¹⁰ JM: “Al general Antonio Maceo”, *OC*, t. 3, ed. cit., p. 210.

¹¹ JM: “A Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra”, *OC*, t. 4, ed. cit., p. 129.

creen [...]”.¹² Y a Manuel Mercado, en su última misiva”: [...] siento en la benevolencia de las *almas* la raíz de este cariño mío a la pena del hombre y a la justicia de remediarla”.¹³ En sus *Diarios...* se refiere también así a los hombres virtuosos que va aunando: “Vamos haciendo *almas*”.¹⁴

En consonancia, aparecerían adjetivaciones y metaforizaciones alusivas a las virtudes espirituales, mediante términos recurrentes como pureza, limpieza, luz, estrella, perfección... que se tocan, en gran medida, por demás, con el pensamiento masónico y su ideal de auto perfeccionamiento a través del cultivo de las virtudes –la tarea incesante de los hermanos: pulir su piedra bruta.

Por solo citar algunas referencias a virtudes vinculadas a la superioridad espiritual, percibidas en los hombres y mujeres que aparecen en sus *Diarios...* –y que pueden expresarse, incluso, tangencialmente, en la caracterización de elementos contextuales que las rodean–, hallamos menciones a “la casa *pura* de Nicolás Ramírez”,¹⁵ médico coronel camagüeyano, veterano de los Diez Años, quien lo acoge en Santiago de los Caballeros; a “el batey *limpio* de Manuel Boitel [...]”,¹⁶ carpintero cubano de nacimiento y a su “casa *pulcra*”.¹⁷ Asimismo, alude a la propia población de Santiago de los Caballeros, destacando que es “trabajadora y épica” –por lo tanto, virtuosa– y anota además: “Hablamos de las casas nuevas de la ciudad, y de su construcción apropiada, de *aire y luz*”.¹⁸ En otro momento, refiere que el canario Joaquín Montesinos, quien había sido compañero de su presidio juvenil en La Habana y que entonces se hallaba asentado en Dominicana, le entrega “pan *puro*” para el camino.¹⁹

De paso por Fort Liberté, en la casa de Nephtalí Reyes, masón haitiano que le diera asilo por una noche, refiere: “[...] la gallera está *como una joya*, de *limpia* y barrida

¹² JM: “A Carmen Mantilla”, *OC*, t. 20, ed. cit., p. 237.

¹³ JM: “A Manuel Mercado”, *OC*, t. 20, ed. cit., pp. 161-163.

¹⁴ JM: *Diarios de campaña*, edición crítica, Mayra B. Martínez, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2007, p. 91.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 18.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 26.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 27.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 29.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 39.

[...].²⁰ Y compara con “un cestón *de sol*” al modesto, pero alegre caserío de Petit Trou, donde es acogido amablemente por la gente más humilde: van ellos “planchados y *lucientes*”,²¹ al festejo popular que “está *en el sol*, que luce como más *claro* y *tranquilo*”.²²

Cuando menciona a Periquito Pérez, teniente coronel en la Guerra Grande y primer alzado en Guantánamo del 95 –según cuenta el propio Martí con admiración–, vuelve a atribuirle la virtud que en él halla a un elemento que concurre en su entorno: “Él no quiere gente a caballo, ni monta él, ni tiene a bien los capotes de goma, sino la lluvia *pura*, sufrida en silencio”.²³

Para destacar la importancia del trabajo infinito en pos del logro de una ética elevada y la inconveniencia de cejar en esta tarea, cita a Gómez en la primera parte de sus *Diarios...* –correspondiente a su ruta por Dominicana y Haití. Hablan en torno a un viejo veterano dominicano, que se sobrepone a las terribles heridas dejadas en él por la guerra: “[...] el General dice esta frase, que es toda una teoría del esfuerzo humano, y de la salud y necesidad de él: —‘El caballo se baña en su propio sudor’.—Eusebio vive de puro hombre [...]”.²⁴ También recoge en esta misma sección de sus *Diarios...* lo que comentan sobre don Jesús Domínguez, un cultivador de tabaco vecino de Gómez: “[...] cuando se le acaba la fortuna sigue con la cabeza alta, sin que le conozca nadie la ruina, y a la tierra le vuelve a pedir el oro perdido, y la tierra se lo da: porque el minero tiene que moler la piedra para sacar el oro de ella [...]”.²⁵

De manera diáfana, sus anotaciones de la jornada del 3 de marzo, insisten en que luchar contra las tendencias innobles del hombre ha de ser incansable. Reflexiona en torno a la inconveniencia de que el hombre ceda a “la gran tentación”, a “la satisfacción de las necesidades sin el esfuerzo original [que] desata y desenvuelve al hombre, y lo cría”; que la paz es “solo asequible cuando la suma de desigualdades llegue al límite mínimo

²⁰ *Ibíd.*, p. 49.

²¹ *Ídem.*

²² *Ibíd.*, p. 50.

²³ *Ibíd.*, p. 106.

²⁴ *Ibíd.*, p. 19.

²⁵ *Ibíd.*, p. 22.

en que las impone y retiene necesariamente la misma naturaleza humana”. Concluye: “Es inútil, y generalmente dañino, el hombre que goza del bienestar de que no ha sido creador.”²⁶

Poco después, conocido ya el alzamiento del 24 de febrero que se ha producido en Cuba, es de imaginar el estado de impaciencia de Martí: aún no tienen una vía cierta para hacer llegar la expedición que preparan a la Isla, ni tampoco cuenta con las armas previstas. De momento, no puede hacer lo que corresponde y anota con pesar: “Duerme mal, el espíritu despierto. El sueño es culpa, mientras falta algo por hacer. Es una deserción”.²⁷

No solo aparece implícito el ideario de la masonería en los diarios en lo relativo a sus principios fundamentales. También pueden identificarse emblemas tomados de su simbología particular en narraciones, descripciones y reflexiones. Tal ocurre en el relato de un sueño al parecer enigmático, que solo podría “leerse” bajo el prisma de la necesidad del pulimento constante de la piedra bruta, es decir, de la depuración virtuosa:

Soñé que, de dos lanzas que había, sobre la lanza oxidada no daba luz el sol, y era un florón de luz, y estrella de llamas, la lanza bruñida. Del alma perezosa, no se saca fuego.— Y admiré, en el batey, con amor de hijo, la calma elocuente de la noche encendida, y un grupo de palmeras, como acostada una en la otra, y las estrellas, que brillaban sobre sus penachos. Era como un aseo perfecto y súbito, y la revelación de la naturaleza universal del hombre.—²⁸

La perfección espiritual a que aspira – “la lanza bruñida”– cada vez debe afianzarse sobre todo en el amor como arma para el bien del colectivo, y, sin embargo, no renuncia a la “estrella de llamas”, la estrella flamígera masónica, que simboliza la virtud mágica de la masonería, cuya fuerza terrible estriba en la inteligencia que la dirige y representa la resurrección, el triunfo sobre las tinieblas: es, sin dudas, “la estrella que ilumina y

²⁶ *Ibíd.*, p. 56.

²⁷ *Ibíd.*, p. 53.

²⁸ *Ibíd.*, pp. 31-32.

mata” de los versos martianos.²⁹ Al propio tiempo, suma a la antes citada descripción otras que se relacionan más a las apacibles estrellas quinarias, representaciones, precisamente, del amor fraternal entre masones. A la altura de 1894, Martí había sido terminante al respecto uniendo tales extremos en apariencia contrapuestos: “Solo *el amor construye. Hierde, y saca sangre* a los hombres, para amasar con ella los cimientos de su felicidad.³⁰ Recomienda el amor en tanto profesión de fe y, asimismo, lo considera vigoroso instrumento para un buen gobierno, justo en momentos en que inicia la organización de su “guerra necesaria” y delinea su utopía de república. Un borrador que, presumiblemente, corresponde a la preparación de una intervención pública de estos últimos años de organización de la guerra, alude con claridad a esa estrategia, cuando se refiere a la “levadura de toda el alma cubana del destierro”, a su labor de alimentar la fusión política entre los emigrados, y legitima a la par “el espíritu que unifica y el machete que pelea”.³¹

En un discurso en Hardman Hall de Nueva York, 1892, había afirmado: “[...] el amor, administrado por la vigilancia, es el único modo seguro de felicidad y gobierno entre los hombres [...]”.³² Y en 1893, en carta a José Dolores Poyo, lo subrayaría:

Lo que hemos hecho, el espíritu de lo que hemos hecho, *la religión de amor* en que el alma cubana está fundiendo sus elementos de odio, eso amparará mañana a los mismos, soberbios o ciegos, hombres de miedo y de alquiler, hombres arrimadizos y segundones, hombres destructivos y nullos, hombres ornamentales o insolentes [...].³³

²⁹ JM: “Yugo y estrella”, *OCEC*, t. 14, ed. cit. (2004), p. 143. Se dice que con su resplandor guía al masón a través de las oscuras sendas de la ignorancia, de la superstición y de las falsas ideas, para que pueda superar los escalones que llevan al interior del templo, símbolos de inteligencia, rectitud para obrar, valor, prudencia y amor a la humanidad suficiente para el sacrificio.

³⁰ JM: “Libro nuevo de José Miguel Macías”, *OC*, t. 5, ed. cit., p. 241.

³¹ J.M.: “Borradores”, no. 7, *OC*, t. 4, ed. cit., p. 336.

³² Es interesante observar cómo el amor adquiere en sus textos ese carácter instrumental sin dejar de ser espiritualizado: es usual hallar tono amoroso, incluso, en sus proclamas y manifiestos oficiales. Lo encontramos en “La oración de Tampa y Cayo Hueso”: “No en sí pensaba, en Tampa ni en Cayo Hueso, el viajero feliz, aunque lo rindiese la dicha del agradecimiento, ni tomaba aquellas festividades como mérito propio y cúspide de su fortuna; sino como anuncio de lo que puede ser el alma cubana cuando el amor la inspira y guía” (JM: “Discurso Hardman Hall, Nueva York”, *OC*, t. 4, ed. cit., p. 301).

³³ JM: “A José Dolores Poyo”, *OC*, t. 2, ed. cit., pp. 462-463.

A finales de abril de 1895 y en carta a un comandante de la contienda, Luis Rivera, escrita desde el propio campamento general en campaña y ya contemporánea a la escritura de sus *Diarios*... finales, invita a los combatientes –que presupone virtuosos y sacrificados, aunque rudos– a compartir, también, sin menoscabo, los lujos del espíritu: “La vida de la libertad afina en el hombre los sentimientos *delicados*, y de estos ninguno es más bello que la simpatía de las ideas generosas entre dos hombres capaces de amar la virtud y el sacrificio”.³⁴ De semejante naturaleza sería la “delicada honestidad” que permea su relación de siempre con el “hermano queridísimo”, Manuel Mercado, a quien en su última carta inconclusa, el día antes de morir, le cuenta con qué “ternura y agradecimiento y respeto”³⁵ lo quiere –un documento hermoso, de fineza exquisita, considerado su testamento político.

La virtud espiritual como ideal patriótico es motivo que transversaliza un documento de índole tan visceralmente política como “El Partido Revolucionario Cubano a Cuba”; es decir, el llamado “Manifiesto de Montecristi”, que firma junto al Mayor General de la contienda recién iniciada, Máximo Gómez, como se sabe, también masón. Por solo mencionar un fragmento, recuerdo cómo alude a los combatientes viriles que se suman a la lucha. Los califica como “[...] elementos expertos y novicios, por igual, movidos de ímpetu ejecutivo y *pureza ideal*, que, con *nobleza* idéntica, y el título inexpugnable de su sangre, *se lanzan tras el alma* y guía de los primeros héroes, a abrir a la humanidad una república trabajadora [...]”.³⁶

Los retratos de patriotas y de pobladores que colaboran con los preparativos o luego los apoyan en la manigua, siendo de razas diversas, de procedencia social disímil, gozan del privilegio de la belleza. Descripciones que, sin esas pinceladas que destacan su perfección espiritual, podría tornarse, cuanto menos, semblanzas elogiosas, pero de seres físicamente comunes. Sin embargo, podemos percibir un eje belleza-virtud que siempre los marca.

³⁴ JM: “A Luis Rivera” *OC*, t. 4, ed. cit., p. 142.

³⁵ JM: “A Manuel Mercado”, *OC*, t. 20, ed. cit., pp. 161-164.

³⁶ JM: *Manifiesto de Montecristi*, Centro de Estudios Martianos-Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985, p. 24.

De Paquito Borrero, por ejemplo, apenas menciona “su cabeza santa y fina [...]”.³⁷ Recoge la interpelación que Luis González Pineda –quien había reunido 17 hombres para que les acompañaran y ha llamado previamente “dueño y *alma* del pueblo de San Antonio” – le hace a Martí antes de despedirse. Cito ““Ese rostro [el de Martí] quedará estampado aquí.’ [¿en su mente; en su corazón? Y continúa Martí...] Y me lo decía con *rostro celeste*”.³⁸ No son pocos los retratos de hombres y mujeres virtuosos en los que destaca esa belleza especial –en especial, combatientes negros. Volvemos a su descripción del anciano González Pineda, para ejemplificarlo: “Bello, el abrazo de Luis, con sus ojos sonrientes, como su dentadura, su barba cana al rape, y su rostro, espacioso y sereno, de limpio color negro. [...] De la paz del alma viene la total hermosura a su cuerpo ágil y majestuoso”.³⁹

Resulta importante tener en cuenta lo que García Marruz refiere respecto al sentir amoroso martiano por sus iguales –también de fundamento crístico– como camino de realización humana:

El amor no tiene en Martí un fundamento psicológico sino cosmogónico. En el universo todo es análogo, todo se corresponde –el orden de la naturaleza, el orden humano–, no por derivación unilateral sino por tener una raíz común en el amor. Él es fuente de vida y la única fuerza capaz de conducir la a su final realización.⁴⁰

En efecto, hay una relación evidente en el pensamiento martiano entre las virtudes humanas y el universo natural, cuya juntura principal vendría de la irradiación del amor. El hombre no se halla completo, ni se revela a sí mismo, sino en su relación cercana y fraterna con la naturaleza. Es lo que permite su reencuentro con el espíritu universal.

En la rememoración que hace en sus *Diarios...* del traslado de la pequeña partida, a pie, a tientas, en medio de la noche, desde la ciudad de Montecristi a la costa desde donde

³⁷ JM: *Diarios de campaña*, ed. cit., p. 26.

³⁸ *Ibíd.*, p. 108.

³⁹ *Ibíd.*, p. 94.

⁴⁰ Fina García Marruz: *El amor como energía revolucionaria en José Martí*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2003, p. 304.

debería embarcarse la expedición –compuesta por Martí, Gómez, César Salas, Ángel Guerra, Paquito Borrero y Marcos del Rosario–, considera de interés insertar el retrato de un hombre que vislumbra, como una revelación, al abrirse finalmente el monte y dar con la orilla de la playa. Parece haber sido un guardia al que deben desarmar y maniatar –según testimonio que introduce Gerardo Castellanos en su libro *Francisco Gómez Toro*. Pero Martí no hace esa mención pueril; rescata su propia visión, acentuando el sentido trascendente que es capaz de percibir en la escena. Recordemos: “De pie, a las rodillas el calzón, por los muslos la camisola abierta al pecho, los brazos en cruz alta, la cabeza aguileña de pera y bigote, tocada del yarey, aparece impasible, con la mar a las plantas y el cielo por fondo, un negro haitiano.—*El hombre asciende a su plena beldad en el silencio de la naturaleza*”.⁴¹

La posibilidad de comunicación del hombre con lo sagrado –no en la esfera de lo abstracto– la halla, pues, en la comunión concreta con lo natural, que entiende como la más cercana representación dable al humano de lo trascendente: del *uni-verso*, del *versus uni* que menciona en sus cuadernos de apuntes; de lo vario en lo uno. Es una exploración emocional que se trasluce desde su juventud y a lo largo de toda la literatura vinculada a sus experiencias de viajero, lo cual representa, además, parte indispensable de su proceso cognoscitivo de nuestra América.

En uno de sus cuadernos de apuntes, atribuido a 1894, hallamos una anotación que hace bajo la influencia de la obra de Ralph Waldo Emerson. La termina refiriéndose a los pocos momentos que tiene el hombre en su vida “de dicha absoluta, dicha pura, que son los de pleno desinterés, los de confusión del hombre con la naturaleza [y continúa] (Emerson. La tarde de Emerson: Cuando pierde el hombre el sentido de sí, y se transfunde en el mundo)”.⁴² Mucho antes, en 1882, precisamente en la semblanza que le había dedicado al estadounidense tras su muerte, adelantaría: “La naturaleza inspira, cura, consuela, fortalece y prepara para la virtud al hombre. Y el hombre no se halla completo, ni se revela a sí mismo, ni ve lo invisible, sino en su íntima relación con la naturaleza”.⁴³ No ha de resultar raro, pues, que desde tierra dominicana, en sus

⁴¹ *Ibíd.*, p. 66.

⁴² JM: “Cuadernos de apuntes”, no. 18, *OC*, t. 21, ed. cit., p. 387.

⁴³ JM: “Muerte de Emerson”, *OCEC*, t. 9, ed. cit. (2004), pp. 330-331.

Diarios..., comente como en éxtasis: “A la vaga luz, de un lado y otro del ancho camino, era toda la naturaleza americana: más gallardos pisaban los caballos en aquella campiña floreciente [...] De autoridad y fe se va llenando el pecho”.⁴⁴ Y, en Cuba, lo absorbe la contemplación de la noche en la manigua y tiene lugar uno de los momentos culminantes de sus páginas últimas:

La noche bella no deja dormir. [...] entre los ruidos estridentes, oigo la música de la selva, compuesta y suave, como de finísimos violines; la música ondea, se enlaza y desata, abre el ala y se posa, titila y se eleva, siempre sutil y mínima: es la minada del son fluido: ¿qué alas rozan las hojas? ¿qué violín diminuto, y oleadas de violines, sacan son, y alma, a las hojas? ¿qué danza de almas de hojas? Se nos olvidó la comida [...].⁴⁵

Son muchas, desde luego, las coincidencias del pensamiento martiano respecto a la relación del hombre y su medio con las cosmovisiones de pueblos antiguos de todo el mundo; pero, sobre todo, de las culturas orientales y de las originarias de América que pudo conocer al paso, y que debieron dejar alguna huella. Era conocedor de las doctrinas taoístas, cuyos principios consideran que la naturaleza es el medio desde donde el hombre puede desarrollar sus más elevadas virtudes. Se reflejaba ese conocimiento y su aceptación en crónica acerca del funeral de un ilustre chino, masón por más señas, personalidad destacada en los Estados Unidos, fechado 1888. Allí afirmaría: “Tao dice que no se ha de pisar un insecto ni cortar un árbol, porque es destruir la vida”.⁴⁶

Instruiría sobre ello, incluso, a niños y niñas, en su revista *La Edad de Oro*. Les hablaba, por ejemplo, del modo de vida de los anamitas –que son los actuales habitantes de Viet-Nam– y se refería a su peculiar visión de la reencarnación. Decía que a los anamitas –hoy vietnamitas–: “[...] no les parece que la vida es propiedad del hombre,

⁴⁴ JM: *Diarios de campaña*, ed. cit., p. 30.

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 89.

⁴⁶ JM: “Un funeral chino”, *OC*, t. 12, ed. cit., p. 79.

sino préstamo que le hizo la naturaleza, y morir no es más que volver a la naturaleza de donde se vino, y en la que todo es como hermano del hombre [...]”.⁴⁷

Insistió en destacar la particular energía que procede de esa relación con el orden natural desde otro de sus cuadernos de apuntes, datado, por aproximación, 1886. “Hay algo de sagrado, en estos hombres producidos originalmente por la tierra en que habitan”.⁴⁸

Es sumamente revelador que en su última carta conocida a “su niña” María Mantilla, fechada el 9 de abril de 1895, escrita en tierra cubana, elija fijar, justamente como una de sus últimas enseñanzas, la unidad fundamental del hombre con la naturaleza. Escribe:

Donde yo encuentro poesía mayor es en los libros de ciencia, en la vida del mundo, en el orden del mundo, en el fondo del mar, en la verdad y música del árbol, y su fuerza y amores, en lo alto del cielo, con sus familias de estrellas,—y en la unidad del universo, que encierra tantas cosas diferentes, y es todo uno [...].⁴⁹

Esta especial relación con el medio que vio establecer a lo largo de sus rutas por nuestra América por parte de aquellos que llama “hombres naturales” —mayormente los pertenecientes a pueblos que denomina, a su vez, “originarios” y “originales”—, también da cobijo a otras de las virtudes que deben proteger la fraternidad a que aspira: el respeto. Con respeto y con verdadera devoción, narra en sus *Diarios...* una vivencia excepcional —que no comprende, pero que no vacila en enaltecer—, experimentada durante uno de sus traslados por mar de Cabo Haitiano a Montecristi. La relata, pues, desde su habitual perspectiva desprejuiciada y con fascinación, lo que representa la única narración de la jornada del 4 de marzo:

Y abrí los ojos en la lancha, al canto del mar. El mar cantaba. Del Cabo salimos, con nubarrón y viento fuerte, a las diez de la noche; y ahora, a la madrugada, el

⁴⁷ JM: “Un paseo por la tierra de los anamitas”, “La Edad de Oro”, *OC*, t. 18, ed. cit., p. 464.

⁴⁸ JM: “Cuadernos de apuntes”, no. 12, *OC*, t. 21, ed. cit., p. 280.

⁴⁹ JM: “A mi María”, *OC*, t. 20, ed. cit., p. 218.

mar está cantando. [...] que hoy es día de baile *voudou*, en el fondo de la mar, y ya lo sabrán ahora los hombres de la tierra: que allá abajo están haciendo los hechiceros sus encantos. La larga música, extensa y afinada, es como el son unido de una tumultuosa orquesta de campanas de platino. Vibra igual y seguro el eco resonante. Como en ropa de música se siente envuelto el cuerpo. Cantó el mar una hora, más de una hora. La lancha piafa y se hunda, rumbo a Montecristi.⁵⁰

Quizás todo lo esbozado hasta ahora permita reconocer que, para Martí, la guerra de independencia que preparara fue una obra espiritual, tanto por los medios que utilizara para organizarla como por los objetivos que preveía a largo plazo –dentro de la república que imaginara. En *Patria*, en 1892, afirmaría rotundo: “La guerra es [...] la forma más bella del sacrificio humano”.⁵¹ Así, el sentimiento de bienestar aunado al logro de la liberación –o, al menos, estar en camino a ello– representaba para él una experiencia netamente del alma, en tanto consideraba la libertad condición indispensable al devenir del espíritu universal, tal cual sostienen los postulados masónicos. En términos muy semejantes dentro de la fraternidad, en una de sus colaboraciones anteriores a *La Nación* había justificado la sacralidad de la obra revolucionaria que emprendería: “La política es un sacerdocio, cuando empujan a ella gran peligro patrio, o alma grande. Hay criaturas que se salen de sí, y rebosan de amor, y necesitan darse, y traen a la tierra una espada invisible, siempre alta en la mano, que enciende con su fulgor los campos de batalla, mientras viven, y cuando caen en tierra cubiertas de toda su armadura, vuela cual llama azul, al sol”.⁵²

Había escrito, igualmente, al Generalísimo, Máximo Gómez, en 1884: “Si la guerra es posible, y los nobles y legítimos prestigios que vienen de ella, es porque antes existe, trabajado con mucho dolor, el espíritu que la reclama y hace necesaria: y a ese espíritu hay que atender [...]”.⁵³

⁵⁰ JM: *Diarios de campaña*, ed. cit., pp. 59-60. Podría haberse tratado de algún ritual vudú de medianoche, ejecutado en las orillas y por la fecha en que ocurre muy posiblemente dedicado a Agoué-Taroyo, el loa dueño del mar y de las islas. Para el vudú, son ocasiones culminantes tanto los solsticios y equinoccios, como las horas del mediodía y la medianoche.

⁵¹ JM: “Nuestras ideas”, *OC*, t. 1, ed. cit., p. 315.

⁵² JM: “Cartas de Martí”, *OC*, t. 9, ed. cit. p. 355.

⁵³ JM. “Carta al general Máximo Gómez”, *OC*, t. 1., ed. cit., p. 178.

Es esa emoción la que prima tanto en algunas de sus últimas cartas como en las páginas de sus *Diarios...* Así, el 18 de febrero de 1895, mientras viaja con Gómez para reunirse de nuevo con Mayía Rodríguez y Eleuterio Hatton y definir detalles de la partida hacia Cuba, escribe esperanzado: “Nos rompió el día, de Santiago de los Caballeros a la Vega, y [dice] era *un bien de alma*, suave y profundo, aquella claridad”.⁵⁴ Lo expresaría en el período en que, al fin, se halla en la manigua, como sensación de plenitud nunca antes vivida. La noche en que pernoctan en Arroyo Carlos, después de encontrarse al fin de la pequeña partida con la tropa del comandante baracoeso Félix Ruenes, tras el desembarco en tierras cubanas, comenta: “[...] en todo el día, ¡qué *luz*, qué aire, qué lleno el pecho, qué ligero el cuerpo angustiado!”.⁵⁵ De igual modo, describe a su compañera de los años neoyorkinos, Carmen Miyares, su estado anímico al sumarse a la mambisada como la culminación de un camino iniciático: “Es muy grande, Carmita, mi felicidad, sin ilusión alguna de mis sentidos [...] puedo decirte que llegué al fin a mi plena naturaleza, y que el honor que en mis paisanos veo, en la naturaleza que nuestro valor nos da derecho, me embriaga de dicha, con dulce embriaguez”.⁵⁶

El 28 de abril, al recordar en sus *Diarios...* el tercer discurso que pronuncia en campaña –esa vez en el campamento que establecen en Vuelta Corta–, anota exaltado, subrayando la luminosidad que lo rodea: “Yo hablo, *al sol*. Y al trabajo. A que quede ligada esta fuerza en el espíritu unido: a fijar, y dejar ordenada, la guerra enérgica y magnánima [...]”.⁵⁷ Contemporáneamente a sus *Diarios...*, y nada menos que en una circular enviada a los jefes militares de los distintos departamentos, desde el Cuartel General en Campaña, advertiría: “La guerra por la independencia de un pueblo útil y por el decoro de los hombres vejados, es una guerra sagrada, y la creación del pueblo libre que con ella se conquista es un servicio universal”.⁵⁸

Sin embargo, brota súbitamente en *Diarios...* –de manera muy evidente– su inquietud personal por la posible pérdida de valores humanitarios, por la insensibilidad que puede sobrevenir al calor de la violencia que acompaña la guerra por fuerza. El siguiente

⁵⁴ *Ibíd.*, pp. 29-30.

⁵⁵ *Ibíd.*, p. 85.

⁵⁶ JM: “Cartas a Carmen Miyares de Mantilla y sus hijos”, *OC*, t. 20, ed. cit., p. 224.

⁵⁷ JM: *Diarios de campaña*, ed. cit., p. 106.

⁵⁸ JM: “Circular a los Jefes”, *OC*, t. 4, ed. cit., pp. 136-137.

fragmento, sintomático de sus íntimas vacilaciones, se repite casi exactamente en carta a Carmita Miyares, lo que revela la enorme preocupación que lo embarga en esos momentos. Lo escribe tras el famoso combate de Arroyo Hondo, que tiene lugar mientras la partida de expedicionarios se acerca a la zona donde se batalla. Llegan cuando ha concluido y Martí se dedica a curar a los numerosos heridos. Es en esa madrugada que escribe angustiado: “[...] ¿cómo no me inspira horror, la mancha de sangre que vi en el camino? ¿ni la sangre a medio-secar, de una cabeza que ya está enterrada, con la cartera que le puso de descanso un jinete nuestro?”.⁵⁹

Sin embargo, corren sus últimos días de vida y en sus anotaciones correspondientes a la jornada del 14 de mayo –apenas cinco días antes de entrar él también en combate y, con ello, en la inmortalidad–, hallamos el retorno de su total seguridad respecto a la naturaleza del futuro por el que había venido trabajando y la justeza de los medios para alcanzarlo: “[...] a campo libre, la revolución entraría naturalmente, por su *unidad de alma*, en las formas que asegurarían y acelerarían su triunfo”.⁶⁰ Sus dudas habían desaparecido; su espíritu se hallaba sosegado: volvía a estar convencido de que el emprendido era el único camino cierto para la salvación del alma cubana.

⁵⁹ JM: *Diarios de campaña*, ed. cit., p. 120.

⁶⁰ *Ibíd.*, p. 141.